

## **De historia y memoria, una entrevista con el profesor Santos Juliá**

### **On History and Memory, an Interview with Professor Santos Juliá**

Gonzalo Pasamar  
Roberto Ceamanos  
Universidad de Zaragoza. Spain  
historiografias@unizar.es

#### **Abstract**

Professor Santos Juliá is one of the Spanish historians who has most reflected on the situation of History in the past twenty years. In this interview he is asked about some burning issues concerning historiography today, the Spanish panorama, and also his personal interests in the field of historiography. This gives him cause to review topics such as the so-called postmodern historiography, the topicality of Max Weber, the problems concerning social memory, the situation of Spanish historiography in the past thirty years, or the importance of the figure of Manuel Azaña in his historiographical work.

#### **Key words**

Political history, new histories, Max Weber, Manuel Azaña, democratic transition.

#### **Resumen**

El profesor Santos Juliá es uno de los historiadores españoles que más han reflexionado, en los últimos veinte años, sobre la situación de la Historia. En esta entrevista se le pregunta por algunos temas candentes de la historiografía hoy, por el panorama español y por sus intereses personales en el terreno historiográfico. Esto le da pie para repasar temas tales como la llamada historiografía postmoderna, la actualidad de Max Weber, los problemas relativos a la memoria social, la situación de la historiografía española en los últimos treinta años, o la importancia de la figura de Manuel Azaña en su trabajo historiográfico.

#### **Palabras clave**

Historia política, nuevas historias, Max Weber, Manuel Azaña, transición democrática.

## **Teoría e historiografía**

**1) En los años setenta, cuando usted comenzó a publicar sus primeros libros de historia política y social de España en el siglo XX, la presencia en nuestro país del paradigma de la historia económica y social no era algo nuevo, pero la situación de la historiografía estaba lejos de ser satisfactoria para muchos autores. ¿Cómo ve, a treinta años vista, aquella historiografía que en España era, sin duda alguna, renovadora? ¿Se puede decir que la “politización” de la historia durante la transición democrática (1969-1982) – entendida como la crítica a la memoria y a la historia oficial del franquismo – fue positiva para la propia historiografía? Y, por último, ¿conserva alguna clase de nostalgia de ella?**

**Santos Juliá:** en la historia económica y social yo incluiría también la historia de las mentalidades y el trabajo de un adelantado como José María Jover: su espléndida conferencia impartida en el Ateneo de Madrid en 1951, “Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España Contemporánea”, ya anunciaba una nueva mirada sobre el pasado, muy rompedora con el debate esencialista de aquel momento. Después, Jaume Vicens introduce en España la mirada de la escuela francesa de Annales y emprende de forma sistemática un programa de historia económica y social. Uniendo lo que debemos a unos y otros, y también a Tuñón de Lara, creo que lo que ellos nos enseñaron a ver fue la historia entendida como un proceso complejo, terminando con la idea de las épocas vacías, los siglos inexistentes, o contando la historia por las carencias más que por lo realmente sucedido. Cuestionaron la historia que dominó durante más de un siglo y que se resumía en que todo había sido una decadencia, un fracaso – el “librito” de Vilar de que toda la política del siglo XIX había sido como espuma. La historia económica y social nos ayudó a ver qué había pasado efectivamente a partir de comienzos del siglo XIX, hasta nuestra generación. La aportación clave corresponde a los historiadores económicos, pero también a los historiadores sociales y de las mentalidades, que nos ayudaron a entender la historia de España como un proceso que, con sus propias singularidades, había pasado también por las distintas etapas por las que habían atravesado las restantes historias europeas. Nos ayudó a situarnos, en ese momento de la transición, sin necesidad de vernos como una sociedad condenada a fracasar.

A esta comprensión de la historia como un proceso con sus peculiaridades se añadió en los años de transición a la democracia una atención especial a una historia política – de hecho fue por donde yo comencé – que no interpreta la política como mero reflejo de una estructura social, sino que le concede su lugar propio, que atiende a sus propias claves de inteligibilidad. En este punto nos movía una extendida inquietud por la construcción del Estado. Pero yo no llamaría a esto politización de la historia. La historia que nosotros hacíamos durante la Transición – la continuación de los debates de Pau que continúan en España durante todos esos años –,<sup>1</sup> no apunta a una politización de la historia. Hay un interés específico por la política, pero no para lo que hoy llamamos uso político del pasado, ni para ponerla al servicio de los intereses de partido, sino para entender las claves políticas que explicaran, por ejemplo, la instauración de la

---

<sup>1</sup> Referencia a los conocidos como Coloquios de Pau (\*) que organizó el profesor exiliado Manuel Tuñón de Lara en esta ciudad del sur de Francia a los que acudían jóvenes profesores de Derecho y de Historia Contemporánea. Al regresar del exilio, dichos encuentros tuvieron su continuidad en España, primero en Madrid y luego en Segovia y en Cuenca.

República entre el entusiasmo popular, las dificultades de su consolidación, cómo pudo terminar aquello en una guerra, etc. Se trataba de estudiar el sistema de partidos, la lucha de facciones, las escisiones dentro de los partidos, las políticas de alianzas que habían pretendido desarrollar, el sistema electoral, etc. Por aquel entonces, los políticos no estaban demasiado interesados en el uso del pasado. Durante el amplio período que transcurre después de la Transición, en los catorce años de gobierno del partido socialista, para los políticos –de derecha como de izquierda- el pasado era historia, y la historia era cuestión de los historiadores; a ellos, que les dejaran a lo suyo, que era mucho lo que había por hacer.

Si tengo que hablar por mi experiencia, puesto que vengo de fuera de la Historia, diría que, una vez incorporado a la comunidad de historiadores –en el grupo de Tuñón, en los congresos que se organizaban, en los cursos de la Menéndez Pelayo, en los ciclos conmemorativos de la instauración de la República, o de la revolución del 34, o del Frente popular, o en las revistas que se editaban –, lo que hacíamos, unos más conscientemente que otros, era liberar de la losa de la fatalidad a nuestra comprensión del pasado. En aquellos años, lo que nosotros añadimos, en relación a la historiografía dominante en la época de nuestra juventud, fue la idea de que las cosas podían haber transcurrido de otra manera; esto es, que la famosa diferencia o excepción española no nos determinaba a una guerra civil de consecuencias tan catastróficas como la que sufrimos

Y por último, no, yo no hablaría de nostalgia. Los distintos giros y las sucesivas “nuevas historias” que han ido apareciendo no obligan a despreciar el trabajo de aquellos años. Soy más bien ecléctico en el sentido de entender que si uno quiere estudiar un proceso de larga duración, tiene mucho que aprender de los historiadores económicos y de la sociología histórica. Lo digo por el giro que más ha podido arramblar con la historia económica y social, el giro “culturalista” en sus diversas modalidades de nueva (y luego otra vez nueva) historia cultural, o lo que dio lugar al llamado giro lingüístico o la historia concebida como construcción de identidades... Desde el primer momento, me pareció que esas nuevas historias abrían indudablemente nuevos caminos, nuevos campos a la historiografía, pero ello no significaba que fuera obligatorio tirar a la basura lo estudiado hasta entonces. Yo sigo encontrando la misma gran satisfacción cuando leo un gran libro que hoy llamaríamos estructural, como la historia de los padres de la escuela francesa de *Annales* o de historia social a lo británico. Por lo tanto, ninguna nostalgia. En alguna ocasión he dicho que la historia ha ido de las estructuras y los procesos a las identidades y las memorias. Estoy convencido de que cuando nos empachemos de identidad, nos saturemos de memoria, y nos hayamos hartado de discursos sobre los discursos, volveremos a apreciar el valor de otras perspectivas.

**2) Existe actualmente un claro abandono de los temas clásicos de la historia económica y social a favor de una concepción de la sociedad que subraya los aspectos culturales, e incluso los discursivos, ¿qué opinión le merece esta situación y qué peligros ve, si los hay, en esta proliferación de temas culturales?**

**Santos Juliá:** creo que fue Carl Schorske quien dijo lo que acabo de citar, que la historia estaba encaminándose a convertirse en discursos sobre discursos. En el Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea celebrado en Santander en 2010,

llamé la atención sobre el hecho de que en el número de *Ayer* que nos repartieron aquella misma mañana, dedicado a las mujeres en el siglo XIX, la mayor parte de los artículos llevaban en el título la palabra discurso.<sup>2</sup>

La invasión del discurso tiene que ver con el giro cultural y con la importancia del sujeto, temas sobre los que ya se ha reflexionado mucho. Pero tiene también que ver con la corriente postmoderna que consiste en considerar que la realidad es inaprensible e incognoscible de todas formas. No podemos llegar a ella, sólo a los textos fuera de los cuales no habría nada. Pero a quienes olímpicamente desprecian la historia social clásica les diría lo mismo que Steneir cuando denunció la falsedad de los postulados posestructuralistas y deconstruccionistas que convierten el discurso en un juego autónomo que borra y vacía de validación referencial su posible intención y significado. Por cierto, *Errata* es un libro que ningún historiador debería perderse, por el placer de leerlo y por esa sabiduría perdurable que emana de cada una de sus páginas

Los postulados posmodernos llevados al límite no sirven para hacer historia, o suponen el fin de toda historia. En la áspera discusión entre Richard Evans y Keith Jenkins, los presupuestos de Jenkins llevan, finalmente, a plantear: miren ustedes, cierren el taller; terminen con su oficio de historiador, y dedíquense a otra cosa; pues si a un alumno le sugiero que lea una obra, por ejemplo la de Thomas Macaulay sobre la era “eduardiana”, no aprenderá nada sobre ese período, sino únicamente lo que Macaulay narra sobre la era eduardiana. Si entre el texto y la realidad se abre un abismo de esta profundidad, entonces no podemos hablar de la realidad. Sin duda, nunca está de más una llamada de atención sobre lo que la historia tiene de narración, que por otra parte ya lo sabíamos desde Collingwood, Croce y otros; pero se trata de una narración sostenida en una investigación: no hay historia que no se vea firmemente constreñida por todas las voces del pasado, como escribió Natalie Zemon Davies. Partiendo de sus mismos supuestos, a Jenkins le podemos responder, como a los sofistas, que lo que él afirma sobre la historia, no es la historia, sino lo que él dice que es la historia. Los griegos ya sabían mucho de la relación entre las palabras y las cosas y del círculo vicioso en el que se podía perder la idea cuando se erige en medida de toda la realidad.

**3) En algunos de sus ensayos teóricos e historiográficos –estamos pensando, por ejemplo, en el ya clásico *Historia Social. Sociología Histórica (1989)*-, usted ha invocado a Max Weber como solución para resolver los dilemas teóricos de la historiografía, ¿cree que hoy en día es posible y tendría aceptación una propuesta que aunase estructura y acción al modo de Weber? ¿Qué piensa de la llamada historiografía postmoderna?**

**Santos Juliá:** aparte de que ningún historiador perderá el tiempo leyendo las grandes obras de Weber, me parece que sus propuestas sobre la acción y el sentido que los sujetos imprimen a la acción en cuanto constructora de realidad social, no han perdido nada de su validez. De hecho, Clifford Geertz, al definir famosamente lo que llamó *thick description*, descripción densa, recordaba a Max Weber cuando habla del hombre como animal inserto en una trama de significaciones que él mismo ha tejido. Geertz llama cultura a esa urdimbre y considera que el análisis de la cultura consiste en

---

<sup>2</sup> Mónica Bolufer y Mónica Burguera (eds.), *Género y Modernidad en España: de la Ilustración al Liberalismo. Ayer*, 78 (2010).

interpretar significaciones. El historiador investiga el sentido que la acción tiene para el sujeto, o que el sujeto imprime a la acción. E interpreta ese significado investigando el marco en que esa acción se produce. La historia es, en verdad, interpretación de significados, o mejor, interpretación de los significados que el sujeto imprime a la acción; acción y sentido que crean realidad social a la par que son incomprensibles fuera de ella. Weber estaba muy lejos de ser un materialista y sabía que la causalidad en las sociedades complejas debe interpretarse como probabilidad típica, o sea, que esa acción, y el sentido introducido por el sujeto, son causas que no hay que entender de manera determinista sino como probabilidad de que las cosas típicamente ocurran así y no de otro modo.

Y esta manera de acercamiento a la realidad es, para mí, la propia de nuestro oficio. Nosotros reconstruimos la historia trazando un curso de lo sucedido. Plantear como hipótesis, hacer explícito, otro curso posible para, a partir de lo que no sucedió, profundizar en lo que sucedió, constituye una fructífera manera de acercar nuestra mirada al pasado. El fascinante estudio sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, temas que apasionaron a Weber, como la construcción del Estado o las fuentes de legitimación del poder, no ha perdido nada de su vigor, de su fuerza para entender, por ejemplo, la relación del catolicismo con el Estado. En todos estos procesos operan una serie de causas sin que ninguna sea determinante, ni en última instancia, ni de ninguna otra forma. De hecho, es la conjunción de todas ellas – que podrían haberse conjuntado de otra manera –, la que conduce a un resultado y no a otro. Siempre que leo a Max Weber sacó algún provecho. Lo leí de joven y lo sigo leyendo ahora en muchas ocasiones. Es un clásico, y como a todo clásico se le puede leer de muchas maneras, incluso traicionándolo, como decía Steiner que siempre leemos a los clásicos.

**4) ¿Cómo ve el panorama de la historiografía española actual? ¿Cree que se ha homologado con las historiografías que, en las últimas décadas, han sido un referente para los historiadores españoles – principalmente francesa y anglosajona – o, por el contrario, tenemos todavía un largo camino por recorrer?**

**Santos Juliá:** la historiografía española alcanzó ya hace tiempo un nivel de excelencia que nos permite estar presentes en debates internacionales de una manera que no es subalterna, sino que podemos contribuir al mismo nivel que otras historiografías, siempre que se trate de España, claro está. O mejor, está a otro nivel, porque opera con material de archivos mientras que los hispanistas son cada vez más proclives a escribir libros de libros, síntesis en las que no hay nueva investigación. No obstante, sigo creyendo que la historiografía española está demasiado ensimismada; en las últimas décadas, nuestra producción historiográfica se refiere abrumadoramente a España o, mejor dicho, a sus naciones y a sus regiones. No veo en España ningún historiador que pueda escribir un libro sobre la postguerra mundial como el que ha escrito Tony Judt. Hay en la historiografía internacional un escalón que aún no hemos subido y que permite que se escriban esas grandes obras historiográficas que hablan de procesos mundiales, universales. Tal vez la siguiente generación. La mía, aunque haya roto muchos espejos, ha seguido volcada hacia dentro.

Y por lo que se refiere a nuestra historia, hemos dado un salto importante hacia delante en temas como construcción de identidades, principalmente identidades

nacionales: discursos sobre la nación o las diversas naciones. Es, realmente, agotador, pero si me pregunto qué libro sobre la guerra civil española recomendaría, si sólo pudiera elegir uno, me pongo a pensar y no veo ninguno con el vigor suficiente como para hablar de una gran obra de historia.

**5) ¿Qué valor otorga al hispanismo actual? ¿Piensa que puede seguir ayudando a la historiografía española a corregir su perspectiva “doméstica”, o considera que el hispanismo ya no es tan necesario por haber alcanzado nuestra historiografía una cierta mayoría de edad?, y ¿hasta qué punto el hispanismo no está disuadiendo a los historiadores españoles para conectar más directamente con otras historiografías, o incluso para publicar en otros idiomas?**

**Santos Juliá:** El hispanismo contemporáneo no es ya lo que fue cuando yo empecé en este oficio. Ahora se nutre de la propia historiografía española. Por ejemplo, *El holocausto español*, de Paul Preston, hispanista por el que tengo la máxima estima, está básicamente sostenido en la inmensa, inabarcable, bibliografía sobre la represión publicada en España, que desmiente por sí sola todas esas banalidades sobre la amnesia y el pacto de silencio. Es resultado de la decisión de su autor de escribir, a partir de lo mucho que se ha investigado aquí, “el libro” sobre la represión. Es discutible el título en español y un espanto el título en inglés; como es discutible el marco conceptual en el que sitúa la represión de la derecha para diferenciarla de la izquierda, que solo aparece como reactiva, pero sabe contarlos, muchos capítulos poseen una gran fuerza y la obra en su conjunto posee una ambición de totalidad que a nosotros nos falta.

La historia, en cuanto acumulación de conocimientos sobre el pasado, se la debemos a historiadores españoles, pero hay todavía un escalón, al que me refería anteriormente, que no acabamos de subir. No hacemos historia de otros países y raramente publicamos en otros idiomas. Se está traduciendo algo más al inglés a historiadores españoles, pero lo que en la historiografía internacional cuenta como historia de España es lo que escriben los hispanistas. No le veo una fácil solución a esta cuestión. Al contrario, hemos fragmentado cada vez más el campo de estudio. Un buen trabajo de investigación que está por escribir sería el influjo de las comunidades autónomas en la historiografía española. Conocer qué se edita y cuál es el mercado de la historia para el que se edita. Realizar un buen análisis de cómo una universidad tan endogámica como la española ha influido aún más en el cierre de la historiografía, en estar muy centrados en nosotros mismos, entendiendo por nosotros nuestro pueblo, nuestra ciudad, nuestra provincia o nuestra comunidad.

**6) ¿Qué significa la figura de don Manuel Azaña en su producción histórica?**

**Santos Juliá:** lo he contado en otras ocasiones. Mi interés por la República comenzó por mi asombro al leer a Azaña, sus discursos, sus diarios, empujado por mi muy querido don Ramón Carande. Después de abandonar la teología, me había encaminado hacia la sociología –por Weber, otra recomendación de don Ramón- pero azares de la vida me pusieron, en Stanford, en 1974 y gracias a una beca, ante la oportunidad de investigar la crisis del socialismo español en los años treinta. Y por ahí aparecía de nuevo Azaña, que quedó como a la espera hasta que pude dedicarle varios años en periodos distintos. Bueno, yo creo que Azaña, que se equivocó al no medir la

fuerza de las oposiciones, expresó como nadie el impulso reformador de la República y sintió como nadie su destrozo final. Desde luego, influyó grandemente en mi visión de la República, pero si tengo que señalar quiénes han sido mis maestros en la concepción de la historia, Azaña no se cuenta entre ellos. Mi entusiasmo por la historia surgió de la lectura de Karl Marx (el primer libro de *El Capital*, *El 18 Brumario...*) y de Max Weber (*La ética protestante...*, *Economía y Sociedad*) que emprendí al tiempo que terminaba de leer los *Escritos de teología* de Karl Rahner, o sea al comienzo de la segunda mitad de los años sesenta, por los años 65 y 66. En 1967, me fui a París y me empaché de Althusser, además de trabar una duradera amistad con José Bergamín y Fernando Claudín que, claro está, me despertaron a una realidad desconocida, ellos mismos y lo que ellos significaban, y que me propuse conocer.

### **Espacio público y memoria**

**7) En la actual configuración de los media, donde el interés empresarial lo es todo y el historiador queda relegado por otros profesionales también interesados por la historia del presente, ¿qué posibilidades tiene el historiador de ocupar un lugar en el espacio público que sirva para prestigiar su propia profesión? ¿No cree que, ante la proliferación de usos de la historia y de la memoria, el historiador está perdiendo buena parte de su autoridad y prestigio?**

**Santos Juliá:** sinceramente, no lo creo. Hay más historiadores que nunca en la prensa, los hay también en las tertulias, en las conmemoraciones, de comisarios de exposiciones, directores de centros de memoria, qué sé yo. La producción historiográfica es inmensa, y los novelistas españoles no hacen más que escribir novela histórica como si hubieran perdido otras fuentes de invención. Es verdad que este inmenso mercado puede fagocitarnos y que es preciso mantener lo que los franceses llaman vigilancia ante los usos de la historia; vigilancia que se refiere no únicamente a los políticos, sino que debía sentir cada historiador. Pero esa vigilancia no puede consistir en negar el derecho a otras miradas no estrictamente historiográficas sobre el pasado, ni en lamentar que otros –cine, novela, museos, política, judicatura...- se ocupen también. Para mí, esa vigilancia debe ejercerse sobre el propio trabajo del historiador, que debe estar guiado por lo que Yerushalmi llamaba una austera pasión por los hechos, por el dato, por la evidencia. Cuando el trabajo del historiador se coloca al servicio de otra causa distinta a esa pasión por conocer el pasado, todo el pasado, es cuando perdería autoridad y prestigio, que pueden también disolverse cuando la llamada de los medios obliga a estar presentes en el mercado con lo que sea, incluso con reñicos de escritos de otros, algo entre nosotros más habitual de lo que imaginamos.

**8) ¿Qué opina de la importancia actual de la cultura de la memoria? ¿Está ocupando el término “memoria” otros espacios antes reservados a nociones como, por ejemplo, las ideologías, las mentalidades, las identidades, y hasta la misma historia de la historiografía? ¿Qué consideración tiene al respecto?**

**Santos Juliá:** Si, no me cabe duda, la memoria histórica tal como la entienden los profesionales de su “recuperación” se ha convertido en una ideología de sustitución

de las viejas ideologías que llevaban prendidas en su visión del mundo un proyecto de transformación social. Pero en este punto hay que andar con pies de plomo: en una ocasión dije que había que respetar el derecho de los familiares de Lorca a dejar en la fosa su cadáver y convertir el lugar del asesinato en lugar de memoria y al día siguiente, una periodista que lo escuchó tituló que yo era enemigo de las exhumaciones. ¿Cómo voy a serlo? Sería estúpido y criminal: tanto derecho como los familiares de Lorca tienen los que demandan exhumar los cadáveres de los asesinados y darles digna sepultura y he sostenido que esas exhumaciones debían ser responsabilidad directa del Estado.

Para entendernos, una cosa es reparación y reconocimiento de las víctimas de graves violaciones de derechos humanos, otra cosa es lo que se llama memoria histórica, otra es políticas públicas de la memoria y aun otra el uso político del pasado. En mi opinión, la dejadez y renuencia de los gobiernos del PSOE y del PP a emprender, con los medios materiales y humanos (forenses, jueces, personal auxiliar) que fuera menester, una política de reconocimiento y reparación de todas las víctimas de violaciones de derechos humanos durante la guerra civil y la dictadura, cuando quedan miles de ellas enterradas en fosas comunes, es lo que ha llenado de ruido y confusión todo lo demás.

Y por lo que se refiere a la memoria histórica entendida como memoria colectiva de un pasado no vivido por quienes recuerdan, y ésta como socialización de una determinada memoria fabricada desde una instancia oficial o desde un grupo de presión, repetiré lo que dijo Koselleck: ya he tenido suficiente ración de memoria histórico/colectiva en mi juventud como para que venga ahora un parlamento, un gobierno o un partido a decirme lo que debo recordar del pasado.

**9) ¿Qué le parece la actual proliferación de conmemoraciones? ¿No cree que ciertas celebraciones resultan redundantes ya que se refieren a hechos o a personas que nunca han caído en el olvido? Y, si éstas se celebran con el argumento de que sirven para impulsar la investigación, ¿no sería mejor poner el acento en programas de más largo alcance que requieren un esfuerzo y un trabajo pausado?**

**Santos Juliá:** no podría estar más de acuerdo. Azaña decía que somos un país heredo-histórico, un país en el que el peso del pasado ha bloqueado en muchas ocasiones los caminos de futuro. Hay que librarse del pasado en la misma medida en que es necesario conocerlo, y el abuso de conmemoraciones, aunque suene paradójico, puede bloquear el conocimiento del pasado y sustituirlo por la celebración permanente, que es otra cosa.

**10) ¿Qué opina acerca del revisionismo sobre la Guerra Civil? ¿No considera que los historiadores se encuentran impotentes ante la capacidad mediática de dicho revisionismo? ¿Cómo podría combatirse esta situación?**

**Santos Juliá:** otro abuso de palabra. La historia es por definición revisión del pasado y los mal llamados revisionistas no revisan nada, se limitan a repetir, ampliada, la visión de los Arrarás, Comín, Carlavilla y, last pero no least, de la Cierva o Suárez;



en resumidas cuentas, actuar como legitimadores de la rebelión militar contra la República. A partir de ese uso político del pasado, o de esa memoria histórica, construyen todos los demás elementos de sus intervenciones públicas. Pero estamos en una sociedad democrática y, en democracia, la única manera de “combatir” en el terreno de la cultura, y al cabo nuestras visiones y revisiones del pasado son parte de nuestra cultura, es elaborar productos de más calidad y llevarlos a la plaza pública.

**11) En los últimos tiempos, usted se ha embarcado en el debate sobre la llamada memoria de la Guerra Civil y ha sido blanco, en ocasiones, de duras críticas. ¿Qué razones le han llevado a entrar en esta polémica? Parece claro, como usted indica en sus recientes trabajos, que hubo una memoria cultural de la Segunda República y de la Guerra Civil durante la Transición; ¿cree que de haberse acudido a la memoria republicana durante la Transición para extraer consecuencias políticas – distintas de la del llamado “silencio” – hubiera sido peligroso para el propio proceso?**

**Santos Juliá:** bueno, más que entrar en polémica, lo que hice fue publicar un artículo que titulé “Echar al olvido, memoria y amnistía en la transición”, en el que venía a decir que durante la transición no hubo silencio ni amnesia, que se escribió y debatió sin parar, en todos los medios, en todos los formatos, sobre el franquismo, sobre la guerra, sobre la república. Y que lo que ocurrió fue que la memoria de ese pasado actuante en el tardofranquismo y la transición, frente a la que pretendía que el pasado no pasase, era la que impregnó los encuentros entre hijos de vencedores e hijos de vencidos desde 1956 en las universidades, desde los años sesenta en las nuevas comisiones obreras. Y que eso equivalía a lo que entendemos por echar al olvido, o sea, tener presente lo que ocurrió con el propósito de que no bloqueara el futuro. Y fue publicar eso y recibir las acusaciones de enemigo de la memoria.

Y por lo que se refiere a la memoria republicana, mi pregunta sería: ¿qué memoria? En los años sesenta y setenta, por no hablar de las dos décadas anteriores, la memoria que te llegaba no era “republicana”, era socialista, comunista, anarquista, y dentro de estas, fragmentadas en facciones. Semprún realizó un documental sobre la doble memoria de la República. ¿Doble? Y triple y cuádruple. No existía una memoria republicana, como cualquiera que hubiera hablado con exiliados comprobaba de inmediato. Esa memoria republicana a que se refiere la pregunta se reivindica mucho después, en los años 90, cuando Aznar llega al poder con las obras de Azaña bajo el brazo. Pero para entonces la historiografía sobre la República había dado sustanciales pasos adelante y difícilmente podría reducirse a una memoria.

De todas formas, me parece necesario señalar que los constituyentes de 1978, al enfrentarse al problema de la organización territorial del poder, tuvieron como modelo la Constitución de 1931, de la que tomaron literalmente alguno de sus artículos, y el principio dispositivo sobre el que se sostiene la generalización de las autonomías, entonces llamadas regiones y hoy comunidades.

**12) ¿Qué opinión tiene un historiador tan interesado por la historia política como usted sobre la aparente impotencia del mundo político ante la actual crisis económica?**

**Santos Juliá:** que efectivamente todo va mal, mucho peor de lo que Tony Judt temía cuando dictó su *Algo va mal*. Nunca he sentido como ahora que un mundo se acababa. ¡Y es mi mundo! Un mundo del que tomé nota en mi primera salida de España, a París, en septiembre de 1967, y que años después se comenzó a construir aquí, o sea, el mundo de la socialdemocracia, del Estado de bienestar, de la Comunidad y luego Unión Europea. Tengo la impresión de que asistimos a un derrumbe cuya magnitud hoy es difícil de calcular y cuya salida nadie está en condiciones de controlar, porque no se trata de más política, menos mercado, se trata de que no solo los fundamentos económicos del viejo mundo que desaparece sino también sus logros políticos amenazan ruina.

### 13) ¿En qué está trabajando ahora y qué proyectos tiene para el futuro?

**Santos Juliá:** pues trabajo en el volumen de la Historia de España Pons-Crítica dedicada a los últimos treinta y cinco años. Pero, tras una interrupción de la que no me siento responsable, voy más lento de lo que sería menester: se ha escrito tanto que a veces me entra cierto desánimo, un sentimiento que nunca había experimentado ante ninguno de mis trabajos en esos mismos 35 años que llevo en este oficio. Debe de ser la edad. Y si así fuera, me parece que no tiene remedio; así que, vamos a ver.

### Profile

Gonzalo Pasamar and Roberto Ceamanos are, respectively, the editor and the secretary of *Historiografías, revista de historia y teoría*.

Gonzalo Pasamar y Roberto Ceamanos son, respectivamente, el director y el secretario de *Historiografías, revista de historia y teoría*.

Fecha de recepción: 12 de abril de 2012

Fecha de aceptación: 16 de abril de 2012

Publicado: 15 de junio de 2012

Para citar: Gonzalo Pasamar y Roberto Ceamanos, “De historia y memoria, una entrevista con el profesor Santos Juliá”, *Historiografías*, 3 (enero-junio, 2012): pp. 89-98,

[http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/3/santos\\_jul.pdf](http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/3/santos_jul.pdf)